

tenemos allí seis ministerios, que son otros tantos juegos de pelota, en que se juega con los empleados mejor que pueden jugar aquí los vizcaínos estos, por buenos jugadores que sean.

Aun me duraba la risa de su ocurrencia á la salida de Oyarzun, y hubiérame durado mas, si no me hubieran distraído las agitadas olas del Océano que desde aquellas alturas se divisaban, como presididas por el pueblo de Fuenterrabía que quedaba á la izquierda.

Desde Oyarzun á Irun va el viajero continuamente distraído con una escena que pienso sea original en su clase. De repente ve entrar hasta el interior de su asiento ya la vistosa flor, ya la yerba aromática, ya el racimito de uvas, que unas veces le caen entre las manos, otras le sacuden en las narices, y otras le tropiezan en un ojo, sin que vea la mano que le dirige tan extraña y agradable fineza. Se asoma á la ventanilla, y se encuentra con un pequeño canastillo pendiente de la punta de una delgada vara que remata en horquilla; el cual contiene ó bien un par de manzanas, ó bien una sabrosa pera, ó bien un melocoton recién arrancado del árbol. Son muchachos de ambos sexos, procedentes de los caseríos, que desnudos de pié y pierna siguen á carrera el coche para ofrecer á los viajeros aquel agasajo con la esperanza y á cambio espontáneo del cuarto ó los dos cuartos que en premio de su fineza se prometen, los unos por verdadera pobreza ó necesidad, y los otros por una especie de vicio ya contraído. Nuevo y tierno modo de pedir que compromete al viajante á un pequeño y gustoso desembolso, si alguna vez no se hicieran ya importunos á fuerza de tanto menudear.

Estamos ya en la *Muy Benemérita y Generosa, Noble y Leal* villa de Irun, que todos estos retumbantes y honrosos títulos mereció de Fernando VII por la gloriosa victoria que el 31 de Agosto de 1813 ganaron 12,000 españoles al mando del general Freire sobre 18,000 franceses mandados por el general Soult en los célebres *Campos de San Marcial* que tenemos á la vista, á tiro y medio de fusil: si bien no es la única batalla que hace las glorias de Irun, pues en el año 1522 en el propio mes de Agosto y en el mismo monte de San Marcel dieron los españoles otra lección igual á otro ejército de franceses y alemanes.

Buena está su casa concejil, pero endemoniado el piso de sus calles. — Los pasaportes. — Tómelos Vd. — Está bien: ¿Llevan Vds. dinero? — Si á Vd. le parece, iremos al extranjero sin él. — Es que tienen Vds. que pagar tres reales por cada mil que Vds.

lleven. — Tome Vd. lo que corresponde. — Vayan Vds. con Dios. — Queden Vds. con el mismo.

Dando tumbos y vaivenes bajámos por la cuesta de Irun, último pueblo de España, hasta las orillas del Bidasoa; y señalando á Tirabeque la pequeña isla de los Faisanes, célebre por el desafío que en ella tuvieron el emperador Carlos V y Francisco I; por haberse efectuado en ella el rescate del Delfin y duque de Orleans, y por los muchos tratados de paz, capitulaciones matrimoniales y entrevistas de príncipes de ambas naciones que en ella se han hecho; isla hoy de término neutral; llegámos al puente del Bidasoa, mitad español y mitad frances. Permítanme Vds. detenerme un rato en medio del puente, porque tengo algunas cosas que contemplar.

FRANGIA.

El paso del Bidasoa.

Colocado por unos momentos en medio de aquel puente de madera, de 17 arcos, construido el año 23 para que pasaran con mas comodidad y ménos riesgo los cien mil hijos de San Luis que á las órdenes de D. Luis Antonio, duque de Angulema, vinieron aquel año á lo que todo el mundo sabe y yo no puedo olvidar, reparaba yo poco en el curso del Bidasoa, ni me acordaba de sus buenos salmones, ni ménos volvía la vista al pueblo de Andaya que detras de mí tenia, célebre por sus anisetes y aguardientes destilados.

Con el pié izquierdo en territorio frances y el derecho en término español, pintábaseme en la retina del ojo derecho el centinela español con su chaquetita remendada y su desvaída y humilde gorrilla de cuartel, miéntras me estaba hiriendo la pupila del izquierdo la casaca nueva y el morrion de gala del centinela frances, separados uno de otro casi por el corto espacio que entre mis dos gerundianas piernas mediaba; haciendo la cabeza un cuarto

de conversión á la derecha, veía la miserable garita del compatriota; y convirtiéndola otro cuarto á la izquierda, distinguía la sólida y cómoda garita del extranjero. Notable y triste contraste que el gobierno pudiera bien evitar á poca costa, y debiera evitar en pro del decoro nacional.

Á pesar de todo eché mano al corazón, le dejé depositado en territorio de España, llené su hueco de amor patrio, lancé un « Á Dios, hermano mio, hasta la vista, » al centinela, y marché pensativo hasta el extremo del puente, donde encontré ya á Pelegrin mirando embobado á un alto y fornido gendarme, que con su talla de cinco pulgadas sobre los cinco consabidos, su espeso *moustache*, su sombrero á lo Napoleon, su casaca de largos faldones y su correa amarilla, tenía en respeto á Tirabeque pidiéndole el pasaporte. Llegué yo, y hecha exhibición y entrega del documento, entramos en Behovia.

Conocimiento y reconocimiento.

El coche estaba á la puerta de la aduana y se había dado principio á la operación de bajar los equipajes. Cada uno echó mano á la llave de su cofre-maleta, y púsose de manifiesto nuestro haber de viajar, á la disposición de los escrutadores sostenidos por las naciones libres. El mas escrupuloso capuchino no escudriña la conciencia del penitente, ni el mas intolerante censor de imprenta del siglo XVII examinaba los escritos con mas minuciosidad, que escudriñaron los rincones de nuestras maletas los empleados de aquella aduana, que por cierto no llegan á la mitad de los que nosotros tenemos en las nuestras. Nada debíamos nosotros llevar que no fuese de lícita y permitida introducción: no así un hermano que se nos había reunido en un pueblo de Guipúzcoa, el cual llevaba para su entretenimiento unos libritos franceses, entre ellos *El libro del pueblo* y las *Palabras de un Creyente del P. Lammenais*, á los cuales les pusieron entredicho, por ser, decían, contrahechos en Brusélas: respecto á lo contrahecho en Bélgica son inexorables los franceses. Pero los dejaron en depósito para que el interesado los pudiese recoger á su regreso, que esto es lo que hacen con los artículos cuya entrada está prohibida: y no hay que temer, eso no, que desaparezca nada de lo que allí depositado queda: á la presentación del resguardo se devuelve infaliblemente el artículo detenido.

Preguntáronnos si llevábamos cigarros, porque esta es mercancía con cuya introducción no transigen las aduanas francesas, á no pagar un exorbitante derecho; y lo mas que permiten al viajero introducir son diez ó doce cigarros contados. Pero nosotros íbamos ya advertidos de esta circunstancia, y habíamos tenido buen cuidado de arreglar el gasto de este renglon con relación á distancia, de lo cual no les pesó al conductor, al mayoral y al zagal. Sin embargo, sospechando uno de los aduaneros del volumen que presentaban los bolsillos de la chaqueta y pantalones de Tirabeque, se acercó á él diciendo: — *Voyons, Monsieur, voyons, s'il vous plaît: pardon; je crois que vous portez des cigarres aux poches*: y comenzó á palparle y reconocerle. — ¿Qué va Vd. á hacer, Monsieur? le replicó este asaz amostazado; yo soy de un pueblo de España que llaman *Mirame* y no me toques, ¿entiende Vd.? — *Ah, pardon, s'il vous plaît: mais je voudrais bien voir si vous portez des cigarres aux poches*. — No señor; no llevo cigarros pocos, y haga Vd. el favor de no tocarme, que basta que yo lo diga: y sobre todo hable Vd. de manera que nos entendamos, y no en ese chapurrado que Vd. gasta; es muy extraño que un empleado del gobierno no sepa hablar mejor el español.

— Por San Hermenegildo bendito, Pelegrin, le dije; ¿ya empiezas á comprometerme con necesidades? Temprano comenzamos por vida mia: ¿no ves que estás ya en Francia? en qué idioma te han de hablar estos señores sino en frances, badulaque? Sométete al registro y calla, que estás en tierra extranjera.

No bien había empezado el reconocimiento de Tirabeque, cuando acercándose á mi otro de los empleados, me dijo: ¿Y cómo es que habéis dejado de escribir? — De escribir qué? le pregunté yo. — El diario *Fr. Gerundio*. — Pues qué, me conoce Vd.? — He visto vuestro nombre en el pasaporte: ¿dónde tenéis á vuestro lego Tirabeque? — Aquí le tiene Vd.; este es.

Tirabeque que se oyó nombrar. — Señor, me dijo, esta gente nos ha conocido; ¿si estaremos todavía en España? — Ahí verás, si tu fama ha penetrado mas acá de los Pirineos. — Sí señor, pero con eso y con todo me registran los bolsillos.

Efectivamente todos los empleados de la aduana y de la oficina de pasaportes, mostraron estar muy al corriente de nuestras gerundianas misiones: cesó el reconocimiento de Pelegrin, y rodeáronnos todos, no ya á reconocerle sino á conocerle; reíanse mucho; nos hicieron mil preguntas sobre el objeto de nuestro

viaje, y ántes de poderles satisfacer fuimos llamados al coche dejándolos con la risa en los labios y la curiosidad en el cuerpo.

La mano del gobierno.

Desde que se sale de Behovia, se empieza á conocer que se camina por un país donde hay gobierno, pues desde luego se entra en un ancho y hermoso arrecife, sin un solo bache, sin una sola prominencia, sin una sola desigualdad, formando sus dos orillas dos líneas paralelas de piedras quebrantadas, desmenuzadas y preparadas ya para ocurrir en el momento á la mas pequeña hoya que se forme, y para reemplazar á la primera piedra que falte. De trecho en trecho se encuentran los peones camineros «*pontoniers*» con su chaqueta de uniforme y su sombrero encerado, al cual rodea una prolongada laminita ó cinta de metal amarillo en que se lee el oficio y número que á cada uno corresponde : estos trabajan incesantemente en allanar y reparar el camino al pié de una estaca clavada á la orilla, en cuyo extremo superior hay una tarjeta de madera barnizada de negro en que se ve repetido el número en blanco. Este sistema es el que con poca diferencia ha adoptado últimamente nuestro actual director de caminos el señor Don Pedro Miranda.

El terreno sin embargo es todavía desigual por aquella parte, y conserva la fisonomía de las provincias vascongadas, si bien las colinas y cerros de que está sembrado, son ya de mas fácil acceso y de un declive mas suave. Hijos raquíuticos del gran Pirineo, no parecen ya descendientes de tan robusto padre : son como los descendientes de nuestros grandes de España, que si no conservaran el nombre patronímico de la familia, nadie diría que eran hijos de padres de tan gran provecho y valía.

Aunque el país conserva todavía cierto sabor y tinte español, presenta ya no obstante un aspecto mas risueño y animado : es una entrada que indica la prosperidad y riqueza de un gran pueblo. Los frutales, las viñas, el aseo y blancura de las casas, los árboles alineados, las mujeres con cofias y sombreros de paja, los rótulos de las tiendas y posadas, los carruajes que se cruzan, todo demuestra mas movimiento, mas vida, mas animacion, si se exceptúa los campanarios de las iglesias cuyas troneras tapadas con maderas ennegrecidas de las aguas, hacen una vista lúgubre y sombría, semejante á la de algunas mujeres que se suelen encon-

trar á la entrada de los templos envueltas en una larguísima y oscura capa con su correspondiente capuchon, que así esconden sus rostros á los ojos del curioso, como las monteras de las torres ocultan las campanas y se tragan su sonido.

De tiempo en tiempo se van viendo á la izquierda las agitadas y peligrosas aguas del golfo de Gascuña, que parece entretenerse en jugar al escondite con el viajero, apareciendo y desapareciendo alternativamente segun que se suben ó se bajan los frecuentes repechos. Así se camina ántes y despues del pequeño pueblo de Urruña, situado entre Behovia y san Juan de Luz. Esta última villa (donde se casó el hermano Luis XIV en 1660) aunque pequeña, es hermosa y alegre ; pero colocada á la desembocadura del rio Nivelles que la separa de su arrabal, está sufriendo continuamente el azote de violentas ráfagas y las sacudidas perpétuas de las olas del Océano, que se estrellan mugiendo en sus murallones de piedra, al modo de las que azotan los muros de Cádiz, y á semejanza de los furiosos embates que de todos los lados del Congreso está sufriendo actualmente el ministerio González, que no sé si tendrá fuerzas para resistir y rechazar las embravecidas olas del salon de Oriente, que no llevan trazas de aplacarse ni con el ministerio González ni con otro que le sucediera ; porque el estado normal de aquel golfo parece ser la agitacion.

Pásase en seguida por Bidart, encuya costa acaba de perderse ahora la barca española *Josefa*, que quiera Dios no suceda tal á la barca del Estado con la divergencia que reina en los innumerables sistemas de bogar de sus pilotos, que todos creen entenderlo mejor, y el resultado es que ninguno entiende gran cosa la aguja de marear.

¿Y Tirabeque?

¡ Oh ! Á Tirabeque no le ha faltado qué observar en la ruta de Bayona : desgraciado de mí que tenia que contestar á sus mil y una preguntas y á su millon y medio de observaciones. — Señor, estos postillones ya no son como los nuestros ; parecen unos señores con estas botas de montar y estos uniformes que traen. Y los atalajes de los caballos tampoco son lo mismo. — Todo es verdad, Pelegrin. — Pero parecen muy tontos, señor, no saben decir á los caballos mas que *húu* : aquí no hay *coronela*, ni *colegiala*, ni *pulido*, ni todos esos nombres con que nos divierten los zagales nuestros. — Ni pienses ya volver á oír esa letania de animacion

hasta que vuelvas á España. — ¡ Ay, mi amo! ¿ y qué copete es el que trae aquella diligencia allí encima tan empingorotado? Calla, calla, y viene lleno de gente. — Eso deberá ser la *imperial* que llaman, que son unos asientos que tienen las diligencias francesas sobre la berlina. — Señor, señor, mire Vd. qué coche tan raro viene allí..... aquí viene otro de otra figura todavía mas rara..... ¡ oh Dios mio, qué carro tan grande! Válgame Dios cuánto ve el que anda por reinos extranje..... ¡ ay, ay, ay! señor! ¿ ve Vd. aquel hombre y aquella mujer metidos en dos cestos puestos en un caballo á modo de aguaderas, uno á un lado y otro á otro? (1)

Aquí, Pelegrin, se conoce que no se perdona manera alguna de viajar, sea á caballo, sea en ruedas. — Ay, qué bonita casa de campo, señor! Mire Vd. otra aquí á la izquierda... otras dos estoy viendo allá mas léjos. — Y verás mas, probablemente, cuanto mas nos vayamos acercando á Bayona. — ¿ Qué es esto, señor? ¿ Otra vez están bajando los equipajes? — Esta será regularmente la segunda línea de aduanas, donde, segun me han informado, se hace una especie de segundo registro ó reconocimiento; pero verás como no tocan á nuestras maletas, porque vienen emplomadas y selladas de la de Behovia. — Diga Vd., mi amo, ¿ qué quiere decir aquel letrado? — Á ver: « *On donne ici à boire et à manger:* » que aquí se da de beber y de comer. — ¿ Con que primero de beber que de comer! Señor, ya veo yo que tambien en Francia hay vice-versas: allá regularmente primero se come que se bebe. — Pues así he advertido que están todos los rótulos de esta clase que he visto hasta ahora. — Pues si dan todo eso, aunque sea contra el orden, vamos allá, señor, á que nos den algo. — Bien, pero ten entendido que no lo dan grátis, sino por el dinero. — Entonces ¿ para qué dicen que *se da*? — Esto te indicará, Pelegrin, y sírvate de gobierno, que hemos entrado en un país donde todo es mentira y sobre todo en un país donde nada es *grátis*.

El « *hiu* » del postillon puso otra vez en movimiento los caballos, y sufriendo otras doscientas preguntas de Tirabeque, nos hallamos á las puertas de Bayona á las seis y média de la tarde. En uno de los puentes de su entrada encontramos al hermano Marliani, que se hallaba allí de camino de Paris para la corte de España,

(1) Estas cabalgadas son las que se llaman allí *cacolets*, parecidas á las *artolas* de las provincias vascongadas.

desde cuya fecha data el pensamiento que se le atribuye de asestar sus tiros á una de las poltronas ministeriales. Nosotros nos apeamos en la casa de postas, y nos encaminamos despues á buscar albergue y descanso en el *Hôtel du Commerce* ó *Fonda del Comercio*, que así lo reza en ambos idiomas el tablon de sobre la puerta.

BAYONA.

Cosas generales.

Que Bayona es una plaza fuerte, como ciudad fronteriza; que es puerto de mucho comercio, distante una legua del Océano y seis de la frontera de España; que pertenece al departamento de los Bajos Pirineos; que está situada en la confluencia del Nive y del Adour, los cuales la dividen en tres partes casi iguales que se llaman *Bayona la grande*, *Bayona la chica*, y el barrio de *Sancti Spiritus*, habitado generalmente por comerciantes judíos (si es que el « comerciantes » no está de mas hablando de judíos) de origen españoles y portugueses; que tienen una hermosa plaza llamada de *Grammont*; que goza de una campiña sobremanera pintoresca, sembrada de cómodas y lindísimas casas de campo; que posee una buena ciudadela, un delicioso paseo llamado las *Marinas*, y un apéndice de ciudad ó aldea de recreo, nombrada *Biarritz*; que en ella tuvieron origen las *bayonetas*, y que hoy mas que por las *bayonetas* de aguda punta, es conocida y honrada por las *bayonetas* de esbeltos talles y agraciados rostros, son cosas generales y sabidas de todo el que se haya tomado la molestia de leer cualquiera descripcion geográfica de aquella ciudad.

Que hay en Bayona muchos españoles, establecidos unos y muebles otros; que ha sido, es y será *refugium fugitivorum* de nuestras cien emigraciones pasadas, presentes y futuras; que para ella fué una cueña nuestra guerra de siete años, y que no le pesaria que hubiera durado otras siete semanas de años como las de Daniel; que era el cuartel general franco-hispano de los carlistas que no eran de armas tomar, pero sí de conspiraciones urdir, como despues lo fué de los liberales exaltados perseguidos, como en seguida lo fué de los vencidos moderados, como ahora lo está siendo de los del aplastado movimiento de Octubre, y como mas adelante lo será Dios sabe de quiénes, porque todavía no he-

mos concluido; que pocos habitantes de Bayona dejan de hablar algo ó al ménos de entender algo el español por el frecuente roce que con ellos habemos, y que se ven muchas inscripciones y rotulatas en ambos idiomas para la mejor inteligencia de indígenas y de exóticos, cosas son tambien generales y que fácilmente se saben, infieren ó suponen.

Cosas particulares.

Pero lo que nadie hasta la presente sabria es, que cuando nosotros llegámos al Hotel del Comercio se nos dijo que no habia habitacion desocupada por aquella noche para nosotros (tal era entónces la afluencia de forasteros en aquella ciudad), pero que la habria al dia siguiente, y que entretanto podríamos, si gustáramos, alojarnos por una noche en otra casa de la confianza y satisfaccion de *Madame*, á lo cual no tuvimos inconveniente en acceder: y condujonos el mozo-viejo *Cadet* á la *rue d'Orbe*, número 9, donde tomámos posesion de la primera celda provisional francesa. Mas como todavía era temprano, acordámos salir á lo que en España llamámos dar una vuelta y en Francia *faire un tour* por la ciudad.

Tropezámos al acaso con un gabinete de lectura y determinámos entrar un rato en él: pero Tirabeque se me detuvo á la entrada diciendo: *Aquí no entro*. ¿— Y por qué? le pregunté yo. — Señor, me respondió, mire Vd. bien: el primero que he visto de frente es el hermano Muñoz Maldonado con un *Cangrejo* (1) en la mano. — Y eso ¿qué importa? si tales encuentros te retraen, será posible que no entremos en parte alguna. Pero en fin, te daremos gusto: iremos á beber al café, si te parece.

Íbamos á entrar en el café italiano, cuando advierto que se me detiene Pelegrin á la puerta diciendo: — Señor, *aquí no bebo*. — ¿Y por qué motivo, hombre? — Señor, el primero que veo aquí á la entrada es el hermano Parejo, el gentil-hombre nombrado por la reina Cristina, que no ha sido admitido en palacio. — ¿Y qué tenemos con eso? Pues si en esas me andas, volvámonos á casa á dormir.

Dirigímonos en efecto á la *rue d'Orbe*; yo pasé á mi habitacion, y cuando Tirabeque volvió á pedir una luz me dijo: — Señor,

(1) Periódico de Madrid correspondiente á su título.

aquí no duermo. — Pues estamos habilitados á fe mia; tú en ninguna parte quieres entrar, en ninguna quieres beber, en ninguna quieres dormir: ¿pues qué hay? — Que acaba de decir madama la criada que habla español, que aquí encima de nosotros en esta habitacion de arriba duerme el conde de Cleonard. — Duerma muy en hora buena, nosotros dormiremos aquí. — Señor... — Vaya, déjame en paz, y á descansar: en país extranjero no debe haber diferencia de opiniones: aquí la única opinion debe ser la de que somos españoles todos.

Por esta ligera muestra conocerá el gerundiano lector que en Bayona en aquel entónces no podia darse un paso sin topar con un hermano de cuenta de la cofradía emigrada: si queréis saber lo que allí hacian, no me lo preguntéis á mí: sucesos trajo Octubre que os sabrán responder.

La misa.

Tan luego como nos levantámos dispuso mi paternidad, como buen religioso, ir por primera salida á ver la catedral, que es un edificio gótico de muy buen gusto, y á oír misa si la encontráramos. Desde el momento se empieza á notar en los templos franceses otro aire y otro estilo que el de los españoles; en sus capillas y altares domina generalmente una sencillez que ya suele degenerar en desnudez y desamparo: el *altar mayor* que nosotros llamamos, y que ellos llaman *maître-autel*, es por lo general, no el mayor sino el menor, pues consiste comunmente en una mesa con muy pocos adornos: detras de él está el coro, tambien muy sencillo, y á veces pobre.

Pero lo que á Tirabeque le hizo mas novedad fué el gran número de mujeres de todas clases que en el templo habia, con elegantes sombreros unas, con altas cofias otras, y otras con sencillos pañuelos á la cabeza, ni una sola con mantilla, y todas ó bien sentadas sobre las sillas ó bien arrodilladas sobre ellas; fijos los brazos en una tablita que tienen en la parte superior del respaldo, en que suele estar escrito el nombre de la familia ó persona á que cada silla pertenece, y casi todas con su librito en la mano. Salió un celebrante, y pusímonos á oír misa arrodillados á la española. El sacerdote llevaba el pelo del occiput largo en forma de garnacha, y divisábasele por bajo de la casulla la cola de la

sotana que tuvimos por signo de que pertenecía al gremio canonical.

Concluida la misa, le pregunté á Tirabeque qué le habia parecido. — Bien, me respondió : las ceremonias son como las de España, però en cuanto al latin una de dos, ó el latin frances no es como el latin español, ó sé yo mas latin que los canónigos franceses. — En cuanto á lo primero, Pelegrin, te dispense la simpleza solo porque estamos los dos solos, pues el latin lo mismo es en Francia que en España, que en todo el mundo : y no te suceda hacer esa observacion delante de gente : y en cuanto á lo segundo, no sé por qué lo puedas decir. — Señor, á lo ménos yo digo « *dominus vobiscum* » claro, y ellos dicen *dominis vobiscóm* ; y tan bueno debia ser el acólito como el cura que respondia, « *et cum spiritu tuo* ; » si lo saben, ¿ que trabajo les cuesta decir « *et cum spiritu tuo*, » así clarito como yo? — ¿ Pero no ves, simplote, que ellos tienen que arreglar la pronunciacion al acento que exige la *u* francesa y á toda la modulacion de su idioma ?

Cositas várias.

Aunque Bayona todavía no es Francia para el español que ya buscando novedad en todo, nótese ya sin embargo otra fisonomía y otro gusto en las calles, en los comercios, en las tiendas, en los hoteles ó fondas, y en el afan de rotular y escribir en todas partes, de que mas adelante tendremos ocasion de ocuparnos con mas detenimiento. Pueblo esencialmente comercial, no es notable ni en establecimientos literarios, ni en hombres de reputacion científica, ni en el gusto por los espectáculos de público recreo. Estábase concluyendo un magnífico teatro de nueva planta, pero la mayor parte del tiempo tendrá que ser una casa sin inquilinos, porque apenas puede sostenerse allí por temporada una compañía dramática. Las señoras cristianas concurren poco, de temor de incurrir en la formidable censura de los predicadores de la fe de Cristo, y solo las judias son las que asisten con mas frecuencia al teatro, como que allí no van á oír el Evangelio, ni creo que los cómicos se propongan extraviar á nadie de su creencia y religion. Tal es allí la influencia clerical : ¡ y hay quién se queje de ella en España !

Tienen los bayoneses una sala de conciertos sostenida por aficionados, á uno de los cuales tuvo mi paternidad la honra de

asistir : no sé qué tal les parecería á los sacerdotes anti-espectaculistas. Habia muy buena orquesta, y en este ramo no ha dejado de producir Bayona algunos profesores sobresalientes.

Asaz sentidos y disgustados hallé á los comerciantes, lo mismo franceses que españoles, de la nueva ley de aranceles de España, por la que se les ha privado del beneficio de bandera que gozaba aquel puerto, y por la cual, decian, se perjudica á las arcas del tesoro, se perjudica á los intereses del consulado, se paraliza el comercio de lo lícito, y se fomenta el del contrabando ; que son las mismas quejas que á mi paternidad le dan de Gibraltar, y las mismas que le dan de todas partes, porque la tal ley de aranceles ha tenido la buena fortuna de disgustar lo mismo á nacionales que á extranjeros, que es todo lo que se puede apetecer.

Pasaportes.

El español que llegue á Bayona, cuente con que ántes de apearse se le presentará un gendarme en demanda de su pasaporte, en cambio del cual le dará un billete con que pueda reclamarle en la *Mairie* ú oficina del alcalde. Si el viajero pasa á otro punto de Francia, recogerá de la *Mairie* su pasaporte ; procurará visarle del cónsul español ; pasará con él á la subprefectura ; aquí dejará el pasaporte español, y con una papeleta del subprefecto se trasladará otra vez á la oficina del *Maire* ó alcalde : este le proveerá de un pasaporte nuevo, mediante unos francos, y el primitivo llegará por el correo ántes que el viajero, á la prefectura del punto á que se dirija donde le hallará y podrá reclamar. Hermanos, así se anda en Francia de casa de Anas á casa de Caifas, de casa de Caifas á casa de Heródes, y de casa de Heródes á casa de Pilátos.

Terminadas estas diligencias, y tomados billetes para la *malle-poste* ó silla de correo, al precio cada uno de 40 francos y 2 sous (como unos 160 rs. y 26 mrs.) emprendimos el camino para Burdeos á las dos de la tarde, que es la hora en que diariamente y en punto sale la posta de una á otra ciudad.

La Malle-poste.

Desde Bayona á Burdeos, aunque se cuenten 54 leguas francesas de posta, solo se invierte, yendo en el correo, de unas 15 á